VIII Semana del Tiempo Ordinario (Año Par)

MARTES

a.- 1Pe. 1,10-16: él que os llamó es Santo.
b.- Mc. 10, 28-31: Lo hemos dejado todo.

En el evangelio, es Pedro, quien a nombre de sus compañeros, le recuerda a Jesús, que lo han dejado todo, y lo han seguido. La respuesta de Jesús, es la promesa de quien lo ha dejado todo por ÉL, recibirá el céntuplo en esta vida, con persecuciones y en el futuro la vida eterna. Dejarlo todo…encierra afectos familiares, posesiones materiales, pero en la comunidad del Reino, comunidad eclesial, encontrará todo eso, y más de lo que materialmente dejó. Las persecuciones, a las que hace alusión el texto, nos hace pensar que seguir a Jesús, no libra al discípulo de la persecución, que vive a propósito de su fe, son las borrascas que se levanta en la sociedad y en el espíritu de los hombres frente al discípulo de Cristo. No podemos ser discípulos de Jesús sin cruz, es parte del camino para llegar al Reino de los Cielos. La vida eterna, es la culminación de esa vida de desprendimiento y pobreza voluntaria, para adquirir los bienes de Reino de Dios: la comunión con Dios y vivir en la verdad, la justicia, el amor y la paz. Estos valores que Cristo nos enseñó, para vivirlos, hay que cultivarlos. Los que ahora son los últimos, serán los primeros en el Reino de Dios. Esta propuesta de Jesús, la pobreza voluntaria, es una llamada a creer, firmemente en las riquezas de Dios. Nosotros sabemos de quien nos fiamos, de Jesús y su evangelio, es aprender a vivir en la pobreza de espíritu afectiva y efectiva, en libertad interior, donde la fe obra y la libertad, verdaderamente libera del poder seductor de las riquezas. Desde esta perspectiva, se va a la búsqueda de la fuente de la felicidad que está en lo interior del hombre. Es el hombre plenamente realizado, realidad que no se compra con riquezas, Jesús lo exige, para ser su discípulo. Deberíamos sentirnos plenamente realizados, siguiendo a Jesús, lo que significa estar en el Reino de Dios y en el camino a la vida verdadera. La Iglesia trabaja desde siempre para que todos, especialmente los pobres, tengan participación de los bienes de la tierra en un compromiso de solidaridad y justicia, que nace de una fe y esperanza creativa y operante.

La Santa Madre Teresa, nos recomienda vivir la pobreza de espíritu para alcanzar de estimar la pobreza afectiva y efectivamente por seguir a Jesús de Nazaret. "Sería engañar al mundo otra cosa; hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior" (Camino de Perfección de Valladolid 2,3).